

Junio 18, 2002

BOLIVIA: OBRAS, DESIGUALDADES Y MENTIRAS

Por Agustín Saavedra Weise

Dicen que el boliviano está acostumbrado a sufrir sin rebelarse. Algo de verdad puede haber en ese dicho, como también en aquel cruel razonamiento que la historia le endilgó al presidente José María Achá (1810-1868): "Son tan pasivos los bolivianos que, si lo quiero, puedo plantar nabos en sus espaldas sin escuchar quejas".

Los caminos –y otras costosas obras de infraestructura– se caen a pedazos en todo el territorio nacional, pero pocos protestan o buscan la explicación concreta de tan lamentables hechos. Para salir del paso, gobiernos de turno y medios de prensa apelan a "fallas geológicas", "intensas lluvias", "carga excesiva transportada", "deficiencias del terreno" u otras sandeces por el estilo, las que se repiten incesantemente y terminan siendo verdades aceptadas, pese a su intrínseca falacia. En una suerte de implícita e involuntaria complicidad, se le "dora la píldora" al soberano. Así, pues, la población termina asimilando –mansamente– los sofismas de coyuntura; nadie ausculta los pliegos de especificaciones –o las licitaciones de la época– de carreteras u obras prematuramente decadentes por su pésima ejecución. Menos todavía, se investiga a los constructores privados y a las autoridades responsables de esos trabajos públicos hechos "a la que te". Total, ya todos hicieron plata. Además, tampoco nadie quiere entrar en conflicto con los poderosos que se han enriquecido a costillas del simple ciudadano ¿Para qué hacer olas? Mejor situemos las cuestiones en "otro nivel" (piensan los mandantes del momento) y sigamos adelante; mejor es no meterse en líos; mejor es no hurgar el avispero con investigaciones minuciosas... Al final, nosotros haremos lo mismo... No vale la pena investigar...

El mismo pueblo que todo lo aguanta, ocasionalmente es soliviantado en función de supuestas "causas justas" y por allí escapa –cada vez– algo de violencia singular o colectiva. Al apuntar embaucadoramente los dardos hacia problemas menores –que hábilmente se manipulan como si fueran de gran importancia–, se crea una cortina de humo, un entretenimiento que mantiene a la gente ocupada mientras se ocultan las verdaderas cosas que deberían ventilarse.

Casi, casi, podría afirmarse que este es el panorama boliviano "clásico" del triángulo obras-mentiras-desigualdades. Todo esto es incentivado artificialmente durante tiempos electorales (como los de la hora presente) pero es nomás persistente y muy por encima de los sucesivos gobiernos. Los negocios deben continuar; el pueblo pagará la factura... el pueblo creará lo que se le diga...

Así andamos y así seguimos en este tercer milenio. Unos pocos tienen más y paralelamente muchos más compatriotas tienen menos y menos. He aquí la desigual Bolivia que deberá enfrentar –tan desventajosamente– la superación de su actual crisis y los desafíos del Siglo XXI globalizado que ya transitamos

-----000000-----